CAPITULO V

L. D. F. E. V.—I. A. T. V.—D. E. J.—T.

La joven y hermosa Elvira de Budelame-Cartagena volvió en sí; apuró una nueva copa de ron, y prosiguió de este modo:

—Mis queridas bienhechoras, á pesar de la distancia que separa nuestras posiciones sociales, mi reconocimiento durará lo que me dure la vida.

No quiero por ahora atenuar el asombro que pueda causaros el crimen cometido en la estancia que no tenía ni puertas ni ventanas.

En Londres se cometen muchos así.

En cuanto á la atrocidad del hecho, mi familia está desde hace mucho tiempo acostumbrada á no detenerse ante ningún obstáculo.

El marqués, mi padre, se entretuvo algún tiempo en hacer la estadística de los crímenes propios de su ilustre casa, desde el reinado de Enrique II al de Luis Felipe, registrando hasta ochenta y uno, repartidos del siguiente modo: dos parricidios, siete fratricidios de ambos sexos, tres sobrinicidios, cinco tiicidios, trece suegricidios, ocho

infanticidios, veintitrés adulterios y nueve incestos.

Hay momentos—se interrumpió la joven con impetuosa ira—en que preferiría haber nacido en el seno de la miseria. Sírvaos mi ejemplo de lección, hijas del pueblo. Esta atmósfera de sangre y de vergüenza no es del todo agradable.

Al día siguiente mi abuelo volvió á buscar el cadáver de su esposa, porque llevado de su postrer capricho quería hacerle embalsamar.

En lugar del cadáver encontró un billete concebido en estos términos.

«L. D. F. E. V.—I. A. T. V.—D. E. J.—T.»

El misterioso escrito le llenó de inquietud y de alarma, y le obligó á poner en tortura su imaginación para descifrar el sentido.

Tantas iniciales acumuladas debian ocultar una amenaza.

¿Quién podía haber penetrado en aquella habitación que no tenía ni puertas ni ventanas?... ¡Oh, existía una chimenea!

Mi abuelo la hizo tapiar, barreándola además con planchas de acero. Pero ya era tarde.

Aquel descuido le hizo enfermar gravemente.

Tan pronto como pudo dejar el lecho ordenó á los criados que registraran todos los rincones, sin olvidar las camas y los cajones de la cómoda.

El cadáver de la duquesa no pareció.

Esto agrió del tal modo el carácter de mi abuelo, que de tierno que era se trocó en cruel, sorprendiéndole muchas veces sus amigos en el retiro de su gabinete, torturando insectos ó sometiendo á los animales domésticos á diferentes suplicios.

En aquel tiempo, muchos niños del barrio en que habitaba desaparecían, sin que todas cuantas pesquisas se hacían para averiguar su paradero, dieran resultado.

Algunos se hallaban cortados en menudos pedazos, sin utilidad aparente.

Por lo demás, al duque no le faltaban ciertamente motivos de mal humor.

Cuanto más difícil se hacía encontrar el cadáver de la duquesa, más indescifrable parecia el sentido del misterioso documento.

El duque se había dirigido á los hombres de negocios más hábiles y ninguno de ellos le había podido dar la clave del enigma.

Un día oyó hablar de un personaje extraordinario que pasaba por ser el famoso Cagliostro, por más que aquél hubiera muerto en Saint-Leon, en la campiña de Roma. Pero esto no hace al caso.

Otros, pretendían que era el no menos célebre conde de Saint-Germain, que también había muerto en Sleswrig. Mas ¿qué importa?

Lo cierto es que aquel personaje realizaba nu-

merosos milagros. Había curado un catarro á la reina y salvado á un hijo de Pitt que se hallaba desahuciado.

Londres entero le consultaba para encontrar los objetos perdidos, para la extirpación de los ojos de gallo y para la curación de los sabañones.

Se llamaba el doctor Fondant.

Tal nombre produjo en el taller de las ribeteadoras de botinas un efecto extraordinario. En torno de la mesa se alzó un sordo murmullo.

—¿Qué—exclamaron á coro muchas Atenaidas—el doctor Fondant existía ya en esa época remota?

—¡El, tan joven!—añadió la gerente.

Y todo el taller concluyó:

—¡El, tan buen mozo!

Elvira de Budelame lanzó un hondo suspiro.

—No tenéis que decirme si es joven y bien parecido, ni que está dotado de una atracción irresistible. Delante tenéis una víctima de tales encantos.

El efecto que estas frases produjeron fué todavía mayor que el de antes.

—¿Ese niño?...—preguntó la gerente.

—¡Es suyo!...—contestó Elvira bajando los ojos llenos de lágrimas.

Pintar la emoción que embargó todos los co-

razones sería materia imposible. El doctor Fondant era un Dios para la clientela.

El taller en masa se puso de pie, y con más uniformidad que hay generalmente entre los comparsas de los dramas, se oyó exclamar:

—Nosotras somos las enfermas del doctor Fondant.

—Permitidme una pequeña duda—repuso Elvira adoptando un aire de fría reserva.

—¿Qué queréis decir?...—preguntó la joven de las Anardas.

La joven no se inmutó y dijo precipitadamente con acento sombrío:

—Para que os crea, mostradme el sello del doctor.

Un movimiento extraño se produjo en el taller. Todas las ribeteadoras se levantaron como impulsadas por un resorte y comenzaron á desnudarse.

Los jubones, las faldas, las enaguas, y hasta los pantalones, cayeron simultáneamente.

Abdicando de todo pudor, las veinticinco obreras se alzaron las camisas y enseñaron, un poco más arriba del ombligo, un triángulo, al que iba unida una marca de forma oval que parecía el resultado de la aplicación de un timbre impregnado de materias cáusticas.

Dicha marca representaba las iniciales D. F.

surmontadas por un ave Fénix saliendo de las llamas.

Aquel cuadro de veinticinco muchachas, calzadas con bien estiradas medias y botinas en buen uso, con la camisa levantada, no dejaba de ser encantador.

Mas, ¡ay!, si esperábais que os le describiéramos detallando minuciosamente la profusión inaudita de senos duros y redondeados, de hombros de mármol, de caderas blancas, de tersos muslos y vientres mórbidos, es que no conocéis cuánta es nuestra reserva en este punto.

Además, allí no había hombre alguno presente y, por lo tanto, no podemos tener conocimiento de la escena más que de oídas. Sírvanos esta confesión de excusa.

Cuando Elvira de Budelame hubo reconocido el sello, su rostro se iluminó con la más pura alegría.

—No tengo frases con que dar gracias á Dios, hermanas mías—murmuró en el delirio de su júbilo—. Ahora puedo decir que estoy salvada. Pero volvéos á vestir para no ofender inútilmente la decencia propia de nuestro sexo.

Para satisfacer los legítimos deseos de la noble parturienta, las ribeteadoras de botinas se pusieron sus trajes.

A pesar de su desgraciada posición, Elvira saltaba de contento.

—¡Os reconozco! —dijo por fin—. Estoy tranquila. Ahora sí que podemos charlar completamente á gusto.

Tras este brevísimo exordio, continuó:

—No tengo ya, pues, necesidad de deciros que París, y tal vez el Universo entero, está dividido en dos fracciones: «Los enfermos del doctor Fondant» y «los Caballeros del elixir funesto», llamados también «El azote de la capital» ó «Los ratas» de los diversos impaces.

Al hablar así se animaba su rostro. ¡No os podéis figurar lo hermosa que estaba!

Parémonos un poco para hacer su retrato.

Tenía una de esas bellezas atractivas que no se parecen á nada. Su nariz recordaba á la de su bisabuelo, que ya hemos dicho que tenía una extraña semejanza con el pico de un buho. La mirada tenía algo de picante, imposible de describir.

Nada podía compararse á su boca, como no fuese el hoyuelo que partía en dos su barba, que hubiera desesperado al mejor escultor.

La brisa, al pasar por sus cabellos, se detenía asombrada de tanta belleza, y no se encontraban ni botas ni guantes hechos para calzar sus pies y sus manos; tal era la pequeñez inverosímil de unos y otras.

A más de esto, su aspecto general era noble,

majestuoso, espiritual, puro, á pesar de su caída.

—No necesito deciros—continuó con encantadora sonrisa—que todos los enfermos del doctor Fondant gozan de una salud excelente, pero mueren de un accidente producido por una indigestión del elixir funesto. Muchas veces he pensado que el hombre célebre y seductor que marca con su sello á todos sus clientes de uno y otro sexo para reconocerlos, no ha pensado en que esto es un peligro, porque sirve para que los reconozcan sus enemigos. Pero yo no puedo censurar al que se disfrazó de aguador para seducirme y es hoy el padre de mi hijo.

Dicho esto, tomó aliento, mientras las sencillas hijas del pueblo se enjugaban los ojos mojados por el llanto.

Luego siguió:

—Lo que ha de ser más interesante para vosotras, es saber cómo se entabló la gran lucha que divide el universo. Prestadme atento oído.

En la época en que mi bisabuelo se presentó por vez primera en casa del doctor Fondant, esta individualidad excepcional contaba cincuenta años... No me interrumpáis con vuestras admiraciones superfluas. Cincuenta años después de esa fecha le he adorado yo con un disfraz de los más vulgares.

No parecía entonces más joven que hoy. A

primera vista no se hubiera dicho que tenía más de veintiocho años y medio.

Después no ha envejecido ni en una sola semana. Mi abuelo le encontró en su laboratorio rodeado de un solo libro, un solo frasco, una sola cubeta y un ciervo vivo, que tenía los cuernos de plata maciza.

Desde el primer momento el duque de Rudelame quedó sorprendido por la soberana belleza de Coriolano—ya sabéis que ese es el nombre de pila del idolatrado Fondant—, y eso que en aquel momento ni se había lavado y hecho la barba.

Era muy de mañana, lo que explica esta negligencia en un hombre ordinariamente limpio y cuidadoso de su persona.

El duque de Rudelame le saludó y le preguntó si era en efecto el doctor Fondant al que tenía el honor de hablar.

Con gran admiración suya, el ciervo fué el que, á pesar de estar tallado en madera maciza, le devolvió el saludo.

El doctor permaneció mudo é inmóvil, como una estatua de mármol de Paros ó de cualquier otra cantera.

Mi bisabuelo quiso decir sus nombres y títulos; pero el ciervo le cerró la boca con un gesto de desdén y le señaló la cubeta.

En el fondo de ésta mi bisabuelo vió con cre-

ciente sorpresa unos caracteres que se iban formando bajo el agua, más pura que el cristal, contenida en tal recipiente.

Aquellos caracteres, una vez que tomaron forma clara y distinta, dieron con su combinación estos nombres: Roberto, Atanasio, Buenaventura, duque de Rudelame-Cartagena, conde de Balamor, señor de Mausure y otros lugares, al presente emigrado, atormentador de moscas y matador de mujeres.

Mi bisabuelo alzó la cabeza, indignado por los dos últimos datos.

El doctor seguía inmóvil.

El ciervo levantó una pata, y sus cuernos se convirtieron en oro.

El duque, que no es un espíritu vulgar, vió bien claro que tenía que habérselas con un hechicero, y devoró su afrenta.

Resuelto á disimular, pronunció las siguientes palabras, á que trató de dar cierta amenidad:

—Sabía, porque ya eso es del dominio de la historia, que érais uno de los mayores sabios de Europa, y ahora veo que vuestro talento no es inferior á vuestro renombre. Vengo á consultaros y á pediros que me marquéis con el timbre que ponéis á vuestra clientela.

Al decir estas palabras con voz insinuante, todo se estremeció á su alrededor.

Los labios del doctor no se movieron; el ciervo también tenía la boca cerrada, y, sin embargo, una voz armoniosa se dejó oir.

Aquel dulce eco, que parecía salir del frasco que había sobre la mesa, dijo con la mayor claridad:

—El sello de la virtud no agarra en tu piel. Cesa en tus fingimientos. ¿Qué quieres del maestro?

Mi bisabuelo palideció y sus dientes rechinaron, porque aquello comenzaba á disgustarle.

Dando de lado desde aquel punto al disimulo, sacó de su pecho el billete enigmático, compuesto de las trece iniciales: «L. D. F. V. E.—I. A. T. V.—D. E. J.—¡T!»

En el momento en que el papel estuvo en su mano, una armonía salvaje, pero dulcísima, se dejó oir.

Mi bisabuelo desplegó el papel y leyó las iniciales distintamente.

Después preguntó:

—¿Podéis explicarme lo que esto significa?

La voz pronunció un sí que salió del frasco y fué á perderse entre las hojas del libro, que se agitaron vagamente.

La voz siguió:

—Mira al fondo de la cubeta.

Entonces la armonía salvaje, pero dulcísima, calló instantáneamente.

El duque miró la límpida superficie del agua y leyó estas trece palabras, que se ajustaban exactamente á las trece iniciales.

«Le Docteur Fondant—Est Venu.—Il A Tout Vue.—Dieu Est Juste.—¡Tremble!»

Lo cual, como es sabido, quiere decir en castellano.

«El doctor Fondant ha venido.—Lo ha visto todo.—Dios es justo.—¡Tiembla!»

Los cuernos del ciervo brillaron un momento de un modo extraordinario. De no haber sido imposible, dado el exorbitante precio de la materia, se los hubiera creído hechos de diamantes.

El duque permaneció un instante anodado bajo el peso de tantas cosas extrañas. Pero no era hombre para permanecer largo tiempo inactivo.

El misterioso billete había sido hallado en la estancia sin puertas ni ventanas, que ya podemos llamar la caverna del monstruo. El doctor había entrado allí y lo habia visto todo. Es decir, que era dueño del terrible secreto.

Hay que hacer justicia á mi familia; ningún individuo de ella ha sentido jamás decaer su valor.

El duque miró á su enemigo frente á frente, porque ya no cabía duda, Fondant era su enemigo mortal, y le dijo con calma:

—¿El billete es vuestro?

Tanto valía hablar á una piedra. Ni el doctor, ni el frasco, ni la cubeta, ni el ciervo mismo, respondieron esta vez.

Mi bisabuelo sonrió, haciendo esta reflexión en voz alta:

—Si la cámara no tiene puertas ni ventanas, ¿quién ha podido entrar en ella?

El agua de la cubeta se rizó. De las trece palabras escritas en su fondo, doce se borraron. Una sola quedó. Esta: «Dios».

El duque sintió frío en la espalda.

Aquello, sin embargo, fué obra de un instante, porque el duque no creía mucho en Dios.

—¿Qué prueban todas estas tonterías?—pensó—. Dios puede saber las cosas, pero no las dice, lo cual hace de él un testigo poco peligroso.

Y alzando la voz, añadió:

—Hablemos en plata, carísimo doctor. Si tuviéramos que ir ante la justicia, ¿á quién se creería con más facilidad, á un charlatán como vos, ó á un caballero como yo?

Nadie respondió.

—La señora duquesa—prosiguió el abuelo de mi padre—tenía, merced á su conducta, bastante por qué callar; pero aunque no hubiera sido así, ¿creéis que catorce golpes dados con una barra enrojecida al fuego y envenenada, en el cora-

zón, el esófago, el diafragma, el gran simpático y el intestino recto, no bastan para hacer callar á una dama de alto rango? ¿Creéis que podría venir á deponer contra mí?

La cámara prorrumpió en una carcajada al pronunciarse estas palabras. Y digo la cámara, porque fueron las paredes, el pavimento y el techo los que produjeron aquella aparente explosión de hilaridad.

La estatua del doctor y el ciervo fueron los únicos que permanecieron serios.

—¡Por todos los diablos!—exclamó mi bisabuelo – acabaréis por impacientarme. Ya sabéis lo que decimos los franceses: el que reirá bien será el que ría el último. No creáis que sea hombre que se ahoga en poca agua, pero como la justicia inglesa es un poco confusa, para evitarnos quebraderos de cabeza, vengo á proponeros la paz... ¿Se acepta?

El ciervo bramó de un modo irónico.

—¿Queréis la guerra?—preguntó el duque.

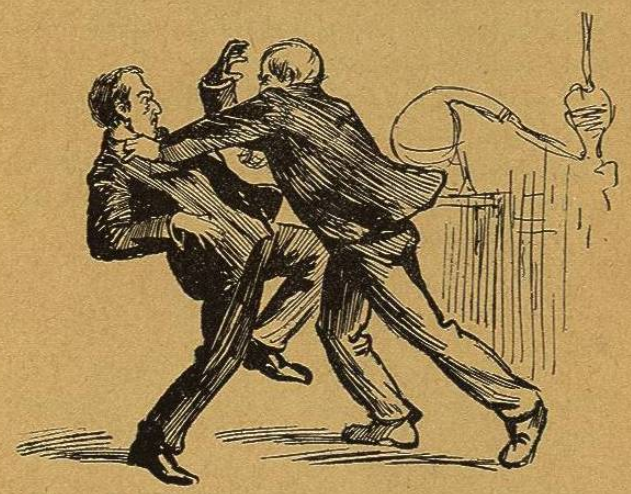
Esta vez el doctor Fondant mismo movió la cabeza afirmativamente, como esos muñecos de biscuit que tienen el cuello suelto.

Con aquello bastaba.

Desde hacía cerca de cuatro minutos mi bisabuelo meditaba un nuevo crimen.

Tenía en su bolsillo un crick malayo envenenado con arte extraordinario y cuya hoja forjada con sujeción á ciertas reglas matemáticas, causaba heridas mortales que no dejaban señal alguna.

Sin mostrar la menor emoción, introdujo la mano en el interior de su radingot, tomó el crick, y *crac*, en el momento en que el doctor le creía dispuesto á salir de la estancia, le hundió el arma malaya hasta el mango en la tetilla izquierda.



El ciervo dió un salto para proteger á su dueño, pero...

El golpe había sido ya dado con mano segura.

Un grito de horror interrumpió el relato de la joven narradora.

Tal grito salía de las gargantas de todas las ribeteadoras de botinas, y había sido arrancado por la idea de que un crick malayo, emponzoñado con particular esmero, se había sepultado en el pecho del doctor Fondant.

Elvira de Rudelame sonrió, sin embargo, de un modo adorable.

—Jóvenes hijas del pueblo—dijo—tranquilizáos. Coriolano no murió en 1793, puesto que hoy, á la distancia de más de medio siglo, acaba de ser padre de un niño.

No ceséis de escucharme. La situación no podía ser más extraña.

El doctor fué el que recibió el crick en plenos pulmones; pero el que cayó como herido del rayo fué mi imprudente bisabuelo.

¿Os explicáis eso?

CAPITULO VI

El aguador.

El drama seguía fuera. En el momento en que la parturienta de la calleja sombría hacía tal pregunta á su auditorio, la iniciativa de Mustafá ponía en combustión los gases deletéreos y lanzaba á los aires á nuestros tres amigos los ratas del impace de Guemensí.

Esto quiere decir que hemos vuelto á coger el hilo en el momento preciso y que con ello nuestra historia caminará ya á paso de gigante.

La formidable explosión sobresaltó un poco á algunas Anaidas, pero era tal el interés que producía el relato de la joven, que nadie se movió.

—Aunque os volviérais monas, no os lo explicaríais—continuó Elvira, empleando esta locución popular que pareció una condescendencia de gran señora hacia su auditorio completamente plebeyo.

—Parece imposible de adivinar, y, sin embargo, la cosa es bien sencilla. Mi bisabuelo cayó anonadado, no por el rayo, porque no suele haber